

Ni el diálogo sin fin, ni el fin del diálogo

Parménides, Heráclito y Platón ante la posibilidad del conocimiento

METAFÍSICA · CONOCIMIENTO · DIÁLOGO

Castellano · Carla Recasens Vich

info@carlarecasens.com · @alternativospensamientos

Introducción

En la presente introducción se pretende establecer el orden de explicación de la cuestión controvertida que aparece dentro del diálogo platónico nombrado El Sofista. Así pues, la idea principal del trabajo es explicar una cuestión expuesta dentro de este, una idea, la cual identificamos con la palabra griega “symploké”, es decir entretejimiento. Lo que está en juego en la idea a la que pretende arrojar luz el siguiente trabajo, gira en torno a la reflexión de, en definitiva la posibilidad o imposibilidad del conocimiento y en consecuencia del diálogo.

Platón, en el diálogo comentado argumenta que el conocimiento sería imposible de concebir en dos casos: el primero de ellos es si todo lo real estuviera relacionado con todo y por el contrario, el conocimiento tampoco se daría si nada estuviera relacionado con nada. El conocimiento para ser tal debe componerse de relaciones realmente existentes. De este modo, el conocimiento sólo sería posible si nos encontrásemos entre los elementos relaciones y no relaciones. En este sentido no se pretende afirmar la existencia del conocimiento, lo que se intenta explicar es que de existir tal, ello implicaría lo dicho. La explicación anterior es considerada en el presente trabajo como la posibilidad de conocimiento apriorístico kantiano, lo cual no afirma la existencia del conocimiento. Cabe recalcar que se entiende el conocimiento como la habilidad de conocer los predicados aplicables y no aplicables de un sujeto de forma veraz.

Para desarrollar la idea se utilizarán fragmentos de filósofos anteriores y posteriores a Platón. Parménides y Heraclito a modo de ejemplificación de las posturas extremas anteriormente mencionadas, teniendo en cuenta que se analizarán estas desde la comprensión platónica que se tiene de las teorías presocráticas, sea acertada o no. Así pues, primeramente se dará voz a la teoría paramediana del ser y el no ser, pasando seguidamente por la teoría del cambio en Heráclito y posteriormente se explicará la posibilidad de conocimiento platónica y el dilema controvertido del diálogo.

En esta última hay que hacer hincapié, ya que entran en juego maneras de comprender el mundo. Aparecen tres grandes acercamientos a este, tres modos de entender este, y la relación entre estos tres acercamientos no será ni pacífica ni clara. En ocasiones, parecerán confundirse llegando incluso al planteamiento de que entre ellas no hay nada que las distinga y por tanto son una. En otros casos en cambio parecerán incompatibles, independientes o entrecruzadas, y no es sino atravesando este laberinto la manera de acercarse al verdadero ser, es decir distinguir lo que es de lo que no es, en otras palabras, conocer. Los tres conceptos clásicos de los cuales se está hablando son; verdad, bondad y belleza. Estos, a lo largo de la historia han coexistido con mayor o menor entendimiento, hoy en día no faltan corrientes que en su afán simplificador intentan prescindir de aquello que no pueden entretejer fácilmente. Así pues, el presente trabajo pretende introducir brevemente esta cuestión central en el desarrollo de la filosofía. No será posible por motivos de extensión abordarla en su total dimensión pues es compleja y debe serlo. Como decía Stalin, solo la muerte es la solución para los problemas y precisamente por ello y porque cabe apostar por la vida no se pretende solucionar el problema solamente exponerlo.

Para dar claridad y ejemplificar todo lo comentado, se hará mención a una cita encontrada en el guión de la película Superman The Movie, en la cual el personaje Luthor dice: «Some people can read War and Peace and come away thinking it was a simple adventure story. Others can read the ingredients on a chewing gum wrapper and unlock the secret of the universe.»

“El ser y no ser” en Parménides

Parmenides, en su poema La Naturaleza nos introduce en una serie de reflexiones que supondrán el inicio de la metafísica. Estas reflexiones e ideas tendrán una influencia extraordinaria dentro del marco de la filosofía occidental, que durante siglos sinó milenios intentará arrojar luz y dotar de sentido las reflexiones paramedianas, que en algunos momentos parecerán completamente simples y en otros particularmente complejas.

Así pues, la reflexión que se pretende explicar en el siguiente apartado es la indagación en el famoso dilema del ser y el no ser. La reflexión expuesta, no pretende explicar la existencia de los objetos, no es una reflexión acerca del ente sinó del ser en sí mismo. En su contrariedad no habla de los elementos que no són sinó de la nada en sí. En ese sentido ciertos conceptos prácticamente místicos cobran un carácter racional. El ser en sí mismo abandona el reino de los misterios eleusinos y se introduce en el dominio de la racionalidad. Para mejorar la comprensión de lo comentado se hará mención a una cita de George Wilhelm Friedrich Hegel en su libro *Grundlinien der Philosophie des Rechts am Main* (1972) : «Was vernünftig ist, das ist wirklich; und was wirklich ist, das ist vernünftig».

Después de esta breve introducción, atenderemos al parágrafo parmediano en cuestión;

«Es necesario decir y pensar que el ser es. Pues es el ser y nada no es, eso yo te exhorto a pensar. A ti te aparto de ese primer camino de investigación y en seguida de aquel que los humanos nada saben pisan, gente de cabeza dividida».

Del fragmento citado se distingue un corte claro entre el ser y el no ser, entre el conocimiento verdadero y la opinión falsa. Si podemos conocer el ser es porque este es uno y no múltiple. De este modo, gracias a la continuidad del ser, el conocimiento se dota del mismo adjetivo. La idea de la unidad del conocimiento y por ende la unidad del ser ha sido posteriormente explicitada en muchas ocasiones a lo largo de la historia de la filosofía, como por ejemplo en el famoso René Descartes. Y aún en los momentos en los que no se ha especificado, esta idea permanecía latente y como base al discurrir del conocimiento, como la idea principal que sostenía, elevaba y dotaba de carácter las construcciones que sobre ella emergían.

Conocer el ser según Parmenides no puede ser una tarea que se lleve de forma parcial, pues no puede dividirse lo indivisible, no puede fragmentarse aquello que carece de partes. Conocer el ser es conocer al ser en sí mismo, no conocer a un ente o ese otro, sinó la mismidad del ser. Conocer una mota de polvo, si el conocimiento es realmente tal, es conocer el ser en sí mismo. Conocer es conocerlo todo, conocer únicamente algo no es conocer, en definitiva todo tiene relación, por tanto sabio es quien conoce el ser en sí mismo y por ende todas las relaciones que en él se encuentran.

En este sentido es imposible recalcar suficientemente la importancia que estas ideas supondrán en la tradición filosófica, cultural, religiosa y política de Occidente. La continuidad del ser lejos de ser una mera anécdota constituye la ignición de la antorcha filosófica que ha llegado viva, aunque a veces irreconocible, pasando mano a mano a través del curso histórico hasta la actualidad. Así pues, en la contemporaneidad se encuentran corrientes reduccionistas en cuanto

al conocimiento y por ende en cuanto al diálogo propiamente, provenientes de la teoría paramediana. Estas perspectivas se arraigan de manera desesperada a la idea de continuidad y de alguna manera acaban teniendo en cuenta únicamente el racionalismo. Centrando la comprensión de la realidad exclusivamente en el concepto de verdad e infravalorando en este caso los dos restantes; la bondad y la belleza.

El cambio en Heráclito

«No es posible ingresar dos veces en el mismo río, según Heráclito, ni tocar dos veces una sustancia mortal en el mismo estado; sino que por vivacidad y rapidez de su cambio, se esparce y de nuevo se recoge; antes bien, ni de nuevo ni sucesivamente, sino que al mismo tiempo se compone y se disuelve, y viene y se va.» A continuación y insinuando la contrariedad entre el pensamiento parmediano y el siguiente, se explicará la visión de cambio propuesta por Heráclito. Si bien, para Parménides no existía tal cosa como el cambio, en el caso de Heráclito el cambio no solamente existe sino que se puede afirmar que en propiedad el cambio es lo único que realmente existe. Nada permanece salvo la impermanencia: «Vive el fuego la muerte de la tierra, y el aire vive la muerte del fuego; el agua vive la muerte del aire, la tierra del agua» El cambio cobra aquí una dimensión tal que acaba por engullir todo. El Uno al que hace referencia Heraclito es el fuego del cambio, es decir, que el verdadero sabio es el que entiende que nada permanece y que todo está interrelacionado, pues el conocimiento de lo permanente dentro de la teoría de Heráclito es algo impensable ya que no podemos conocer lo permanente pues esto no existe. El Uno existente, al que aquí se hace referencia, el fuego que todo lo ilumina y todo lo consume es el cambio.

Esta total discontinuidad, Platón, la percibirá como un aislamiento total de cada cosa con el resto. No obstante es de suponer que Heraclito no estaría de acuerdo y sostendría que existe cierta continuidad en la discontinuidad radical, y que si nada es estable porque todo está continuamente cambiando si que podemos decir que este cambio es estable. De hecho es lo único estable, por no decir que propiamente es lo único que es. Ser aísla cada cosa del resto.

Como veremos, para Platón esta perspectiva de la realidad recalca que lo único que siempre se da es el cambio, negando la posibilidad de permanencia y por esa razón negando de manera radical la posibilidad de un conocimiento permanente. Imposibilitando así el diálogo como herramienta filosófica, ya que con esta postura se mata la finalidad de este.

Lo que hasta aquí se ha dicho de la realidad según la perspectiva heraclítica del ser, se aplica directamente a la perspectiva heraclítica del conocimiento del ser. Conocer el ser será conocer el cambio, el conocimiento más inestable es el de estabilidad, toda estabilidad es apariencias, así pues se cree que las cosas permanecen en su ser, se opina falsamente que nos bañamos una y otra vez en el mismo río, que hablamos con las mismas personas y que permanecemos en nuestra propia personalidad en nuestro propio ser. Pero esta ilusión errónea no es más que una mera y vana opinión falsa que no tiene una correlación verdadera con la realidad cambiante.

El más estable conocimiento es el conocimiento de la inestabilidad. Pues ni dos veces nos bañaremos en el mismo río, ni hablaremos dos veces con la misma persona, ni seremos dos veces nosotros mismos, ni es la que escribe este trabajo universitario la misma persona que lo empezó a pesar de que la ficción insiste en llamar a esta estudiante siempre Carla, otorgándole un número de identidad que aparentemente permanece. Esta ficción pitagórica, esta adoración al número, al mundo de las ideas que permanece estable, no da justa cuenta del ser. Si permanece esta ilusión, no es por su verdad, sino por nuestra incapacidad de lidiar con un mundo constantemente cambiante. Nuestra tendencia hacia la búsqueda de las formas permanentes, no habla en favor de nuestra inteligencia sino de nuestra incapacidad para lidiar con la complejidad del ser. Por asombroso que pudiera parecer una teoría tan aparentemente tan radical no indica que esta sea falsa sino una falta de capacidad por parte del que no logra comprenderla y la reacción adversa a tal discurso responde al mero desconocimiento de la verdad intrínseca del mismo. El proceso de transformación que se da en todos los ámbitos, provoca una transformación de las cosas que acaban transformándose en otras. Es la misma impermanencia la que da lugar a la diversidad de las formas en que el ser se muestra en los diversos estadios del cambio. A través de la transmutación, las cosas no son y dejan de ser sinó que sufren transmutaciones, es decir y en definitiva cambian. De tal forma que llega a concluirse que lo único realmente existente es dicha transformación.

A diferencia de lo que se ha comentado en el caso de Parménides, de las tesis de Heráclito no se deduce la continuidad del mundo o del conocimiento. Estamos ante una radical e irresoluble discontinuidad, discontinuidad en el ser y también discontinuidad en el conocimiento. Una discontinuidad incompatible con las grandes narrativas que unifican la historia y la dotan de sentido. Se señala de manera argumentativa la imposibilidad de los grandes meta relatos dentro de una concepción era heraclíteica del ser. No cabe el meta relato unificador de los distintos estados del ser, puesto que un meta relato supone la continuidad del ser que aquí precisamente se niega. Al no existir un meta relato no estamos ante una visión ascendente o descendente del ser. No se trata de una teodicea en la que se esté realizando un plan divino en la que los hechos que van sucediendo supongan un progreso que finalmente culmine en la consecución de un estado superior y estable donde todas las potencias son realizadas, donde se haya alcanzado la perfección y por tanto termine el cambio, pues lo perfecto no puede mejorar y todo cambio fuese mejora, el cambio cesaría una vez alcanzada la perfección, similar al acto puro aristotélico. Tampoco se trata de una visión descendente en donde hayamos partido del uno original que se degrada en la multiplicidad semejante a las enéadas plotinianas.

En el caso de Heráclito no se trata ni de una visión ascendente ni descendente del cambio sino de una visión neutra. El cambio es constante y el cambio de llevar a algún lugar llevaría al cambio. No podemos decir que esté progresando ni degradándose, permanece en un estado neutro donde no hay arriba ni abajo, derecha o izquierda, frío o caliente. O si los hay, son intercambiables, los unos acaban convirtiéndose en los otros si es que tiene sentido decir que algo que no es pueda convertirse en algo que tampoco es, la apariencia devienen apariencia, el ser en tanto que impermanente, permanece: «Las cosas frías se calientan, lo caliente se enfría, lo húmedo se seca, lo seco se vuelve húmedo» .

Todo lo explicado anteriormente tiene una importancia histórica decisiva, si bien las teorías de Heráclito fueron largamente ignoradas por ser incompatibles con el deseo de estabilidad de la

filosofía occidental de la edad media e incluso la edad moderna, fueron posteriormente introducidas nuevamente en la primera línea del debate filosófico por autores como Friedrich Nietzsche. Primera línea que no habrían de abandonar y en la que permanece hasta día de hoy. Las ideas de Heraclito cuentan actualmente con renovada fuerza y vigor. Mostrándose en todo su esplendor en el final del siglo XX y el inicio del actual. No podrían faltar corrientes bastardas que la reclaman como suya la teoría heraclítica, una de las más extendidas es conocida como la perspectiva relativista. Esta se proclama heredera de la teoría, pero ha devenido en sus manos una mera caricatura. Similares a cíclopes mono aforistas repiten su único argumento incapaces de ver nada más.

A modo de conclusión, la sabiduría para Heraclito es la virtud máxima y no consiste en repetir un slogan como “todo es relativo”, implica la humildad de escuchar, en este caso escuchar a la naturaleza y entender que existe la verdad y que el conocimiento precisamente no es una opinión. El cambio constante no es la negación de la verdad, sino la verdad misma. No es la igualación de las opiniones falsas con el conocimiento, sino el fin de la opinión y el inicio del conocimiento. El logos, nos muestra cual fuego purificador que esto es y será siempre así, y que esta permanencia es el cambio constante. No debe engañarnos la aparente simplicidad de las conclusiones pues es necesario una gran labor de búsqueda del conocimiento para llegar a verdades que puedan formularse brevemente, debe atravesarse mucha opinión falsa para alcanzar la verdad.

Verdad, Bondad y Belleza. Entretejimiento. Platón

Hasta ahora se han expuesto en el trabajo realizado dos posturas aparentemente antitéticas, por un lado el ser como radicalmente continuo y en segundo lugar la discontinuidad radical del ser. Estas eran la presunta introducción a la teoría platónica que será explicada a continuación donde precisamente se entretejen las dos anteriores creando así la posibilidad de una teoría del conocimiento aplicable a lo que en este trabajo se considera la posibilidad de este y por ende del diálogo. Platón durante el transcurso de su diálogo El Sofista reflexionará sobre ambas posiciones exponiendo los problemas que a su parecer hacen de las teorías presocráticas algo incompatible con los conceptos; conocimiento y diálogo. A este problema pues, se aplicará una tercera vía intermedia. Antes de presentar esta, Platón a través de los personajes de: el Extranjero y Sócrates reflexionará sobre ambas posiciones. De esta manera, Platón asocia la visión continua del ser con el hecho de que todo tenga relación con todo, y en el caso de la discontinuidad radical del ser que nada estuviera relacionado con nada.

Primeramente, en el caso de que todo estuviese relacionado con todo argumenta el filósofo de espalda ancha, que no sería posible el conocimiento, ya que el conocimiento en Platón no solamente es el conocimiento de las relaciones realmente existentes sino que abarca también el conocimiento de cuáles son las relaciones inexistentes. Veámoslo en un ejemplo: Diremos que un buen médico es aquel que conoce las causas de la enfermedad y de la salud, pero no es únicamente este el conocimiento que debe atesorar si quiere ser llamado un buen médico. Pues debe saber también cual es la información irrelevante que descartar, cuales son los hechos o las relaciones de estos que no tienen relación con el problema que se está tratando.

Un buen médico debe saber que la cirrosis está normalmente relacionada con el consumo de alcohol, pero debe saber también que no guarda relación alguna con la casa astral del enfermo o con las runas celtas o las cartas del tarot o con la posición de la luna. Si todo estuviese relacionado con todo, nada impediría diagnosticar a un paciente de sífilis contando el número de luciérnagas que iluminan por las noches el aula de historia de la filosofía antigua.

Para Platón el conocimiento consistirá pues en conocer por un lado que cosas se relacionan y por otro que cosas no se relacionan. La estructura del conocimiento es también un reflejo de la estructura del ser, estamos por tanto ante un ser discontinuo, pero no de forma radical. Un ser en el que algunas cosas tienen relación y otras no. La sabiduría consistirá en conocer la diferencia. Para tejer una prenda de ropa cualquiera como un jersey, un abrigo, un kimono o un sudario, es necesario saber qué hilos se entretejen entre sí y de qué forma y cuáles no. Un ovillo de lana no es una prenda de ropa, tampoco lo será un conjunto de hilos completamente desconectados. El buen tejedor es aquel que conoce el arte del entretenimiento con sus sies y sus noes, es aquel que nos dice que hacer y qué no hacer, y que materiales usar y cuales, así como las herramientas adecuadas y las inadecuadas. El ejemplo del tejedor se repite en numerosas ocasiones en la obra de Platón por ello la importancia del término “symploké” (entretejimiento), que si bien no alcanza a convertirse en la obra platónica, en un término técnico, es usada en este trabajo como tal.

En la cita de referencia que origina la reflexión del presente trabajo académico el entretejimiento es la pieza fundamental que nos indica no solamente la estructura del conocimiento sino también la estructura del ser. Esto dará lugar a la fundamental cuestión de cómo averiguar cuales son las relaciones que realmente existen y cuales no. Y en qué forma puede y debe abordarse esta cuestión, si el descubrimiento de dichas categorías debe ser abordado desde la mera razón introspectiva o si se trata de descubrirlas al modo de los entomólogos con la mera observación de aquellas que vayan apareciendo, o acaso se trataría de un ejercicio creativo en el que las categorías se formarán a la voluntad del ser pensante.

En estos primeros intentos seguidos por los alumnos de Platón surgirá el concepto de categoría. Las categorías serán formas de decir el ser, el número de categorías, la relación entre ellas, si son estancas o permeables si se relacionan entre si o no y cuando, este es el debate que aquí se inicia. Este es el trabajo y el reto que la filosofía nos plantea y aquel frente al cual nos medimos a nosotros y nuestros logros y por el cual determinamos el conocimiento, la sabiduría, la vida buena y la mala, la belleza, el sentido y todo aquello que nos importa lo suficiente para querer saber cuando acertamos y cuando nos equivocamos.

Así mismo, según Platón, igual de incompatible con el conocimiento es la postura de Heráclito, a fuerza de hacer del cambio lo único permanente, desaparece toda permanencia, toda relación. Así pues, si conocer es conocer las relaciones y se niega la existencia estable de dichas relaciones entonces no será posible el conocer. Tal como se ha dicho en otros momentos, el ser y el conocer son ámbitos paralelos, negar el conocer supone de alguna manera, negar el ser. Si todo es cambio permanente, nada es. Si nada es, el ser no es y no es posible por tanto conocerlo.

Cierto es, que quizás esto pueda mostrar más una limitación de Platón que del propio Heráclito. Puesto que si para Platón, que el ser no sea supone un obstáculo insalvable, quizás Heráclito

estaría de acuerdo con la afirmación de Heidegger de que el ser no es sinó que el ser se da. Aunque esta comparación ya sería objeto de otro trabajo.

Volviendo a la cuestión inicial que recibe el cargo de poder en el presente trabajo, según la perspectiva que Platón tiene de la filosofía de Heraclito, concluye en la premisa que esta visión heraclítea en la que desaparece la “simplokhé” conlleva a la aniquilación también del diálogo: «EXTR. □ La aniquilación más completa de todo tipo de discurso consiste en separar a cada cosa de las demás, pues el discurso se originó, para nosotros, por la combinación mutua de formas.»

Ahora bien, la postura que sostiene Platón parece indicar que la verdad se hallaría en una posición intermedia a la que sostienen Parménides y Heráclito. Según la cual “determinadas esencias admiten mezclarse con determinadas otras y solo con estas, pero no con otras”. De esta forma conocer el ser sería conocer las esencias y las relaciones de estas, las que son en tanto que son y las que no son en tanto que no son.

La tarea de discernir cuáles son estas esencias y cuáles serán las relaciones que sean y las que no sean supone una tarea titánica en la que se ha sumergido la filosofía de occidente y que no parece tener fin. El mismo Platón parece sostener algunos principios básicos, que no una solución completa, y en esos mismos principios parece en ocasiones discutir consigo mismo cual esquizofrénico disociativo. Nos referimos concretamente a las ideas principales de Platón: Verdad, Bondad y Belleza.

Podría parecer que en una tríada tan aparentemente sencilla no habrían de darse muchas dificultades. Nada más lejos de lo cierto. En un primer momento Platón parece plantear que lo que es verdadero es también bueno y bello, que lo es bueno es también verdadero y bello y que lo que es bello es también verdadero y bueno. De esta forma las ideas se nos presentan como superpuestas y se nos plantea la obvia cuestión de tener tres ideas para definir la misma realidad, por la identidad de los indiscernibles parecería ser una complicación innecesaria usar tres ideas cuando sería suficiente usar una sola. A pesar de ello en otros momentos Platón parece sostener que no se trata de la misma idea.

— Y en lo que concierne a estas cosas que podrían parecer ridículas, tales como pelo, barro y basura, y cualquier otra de lo más despreciable y sin ninguna importancia, ¿también dudas si debe admitirse, de cada una de ellas, una Forma separada y que sea diferente de esas cosas que están ahí, al alcance de la mano? ¿O no?— ¡De ningún modo!, repuso Sócrates. Estas cosas que vemos, sin duda también son. Pero figurarse que hay de ellas una Forma sería en extremo absurdo.

Vemos pues una clara separación entre la verdad de la basura y su belleza o su bondad. Cuál será el alcance de la verdad, la bondad y la belleza y cuál su relación y cuál debe prevalecer en qué situación es la ardua tarea que se nos plantea.

Conclusiones

Desde la propuesta de las categorías aristotélicas a la reflexión kantiana de la verdad (la Crítica de la razón pura) la bondad (Crítica de la razón práctica) y la belleza (Crítica del juicio) hemos debatido una y otra vez el alcance de estas ideas en un mundo que se nos plantea como irremediabilmente discontinuo. En el que no alcanzamos a encontrar un hilo de ariadna que nos conduzca de una idea a todas las otras y que nos condena a momentos de oscuridad con intervalos de claridad y que nos obliga al constante diálogo para separar lo que es de lo que no es, lo bueno de lo no bueno, lo bello de lo no bello para de esta forma convivir en cierta calma tensa donde a menudo es difícil coincidir en la apreciación de lo que se tiene delante. Pues aún observando los mismos fenómenos, estos son poliédricos y sus narrativas imperfectas y nuestras comprensiones falibles. Observamos con dificultad, realizamos diagnósticos erróneos y aplicamos mal las falsas soluciones y a pesar de eso estamos condenados a vivir juntos o morir solos. Todas visiones parciales, todos estos sentimientos confusos, todas estas emociones incontroladas, tantas lecciones y tan poco tiempo. Para que cuando aprendemos a vivir ya debemos morir, y nuestras lecciones de nada o de muy poco sirven a los demás.

[illegible]